

Maravall: una visión inédita del Renacimiento

De la historia social a la historia de las mentalidades

La revisión crítica del Renacimiento llevada a cabo por José Antonio Maravall contempla a la par una revisión del concepto de la historia y de la metodología histórica. De ella se desprende:

- 1) Objeto de la ciencia histórica es la reconstrucción, a partir de la estimación de los hechos en su contexto, de estructuras globales insertas en la cadena del suceder histórico, con el fin de construir la estructura conjunta del pasado con vistas a una correcta lectura y comprensión del presente;
- 2) los datos o elementos históricos provenientes de cualquier sector de la actividad humana sólo interesan en la medida en que se ponen en conexión entre sí y son ordenados en una lógica interpretativa que sirva para la construcción de conjuntos articulados en el tiempo y en el espacio;
- 3) la interdependencia de los fenómenos sociales, políticos y culturales aconseja el estudio de los sucesos históricos, del pensamiento y del arte, como efectos de condicionamientos sociológicos que repercuten en todo el ámbito del acontecer humano;
- 4) más allá, o más acá, del condicionamiento sociológico existe un amplio «tejido mental» propio de cada proceso histórico (mentalidad o actitud mental), que condiciona los hechos histórico-culturales, a su vez susceptibles de condicionar o modificar el tejido mental de partida;
- 5) para la reconstrucción de dichos tejidos mentales, es oportuna cierta interdisciplinariedad que consienta contemplar los hechos desde perspectivas diferenciadas y complementarias, observar su trabazón interna y captar su significación global en el contexto;
- 6) toda documentación o dato que denuncie un estado de cosas o una toma de conciencia individual o colectiva sirve para reconstruir esa totalidad que llamamos *espíritu* o *mentalidad* de una época o proceso determinados. Preferibles a los datos provenientes de la historiografía oficial y del saber académico (por lo común fosiliza-

dos en formas consolidadas en el pasado o en fórmulas estereotipadas) son aquellos documentos «vivos» procedentes de individuos plenamente insertos en la realidad social con conciencia de las novedades en acto, o aquellos testimonios «involuntarios», que constituyen la verdadera sintomatología de una situación tal vez confusamente aprehendida por sus mismos protagonistas. Por este motivo, reviste más importancia la documentación que proviene de aquellos sectores de la sociedad que actúan en la vida práctica, o la aparición de nuevas voces y acepciones y los desplazamientos semánticos de palabras existentes, que aquella que sale del mundo escolar (humanidades o ciencias jurídicas), siempre en retraso con respecto a la actualidad del momento y generalmente desprovisto de una idea progresiva de la historia;

- 7) la inteligibilidad de la realidad histórica (y tal es el objeto de la ciencia histórica como de cualquier otra ciencia) exige que dichos conjuntos articulados sean definidos mediante conceptos categoriales (que no deben confundirse con fórmulas estereotipadas a rellenar) referidos a delimitados espacios temporales, que M prefiere denominar, frente a los tradicionales período, época o aun ciclo, con el concepto dinámico de *proceso* (así el concepto generalizado de Renacimiento);
- 8) la periodización histórica, por tanto, debe entenderse como individualización de procesos en el interior del lento fluir permanente de la historia, en el cual las mentalidades, como verdaderos organismos, se transforman acumulando modificaciones sobre un sustrato que, proveniente del pasado —la cultura— subyace e interfiere en calidad de *positum* en la marcha hacia adelante de la historia;
- 9) la utilización indispensable de conceptos categoriales no significa subvalorar la diversidad de modelos posibles ni simplificar la complejidad histórica en una tipología que ignore la singularidad de los hechos, sino incorporar las peculiaridades en una red de correlaciones, entre los hechos de un lado, y los distintos procesos temporales y espaciales del otro, que, por lo que se refiere al tema que nos interesa, debe extenderse al área histórico-cultural de Europa en una línea de continuidad en el tiempo que se proyecta hacia los siglos presente y futuros.

Una actitud mental y un sistema de creencias

El concepto fundamental de la historia según el esquema *realidad → mentalidad → circunstancias → formas histórico-culturales → realidad*, sirve de base a la revisión crítica del concepto humanismo-Renacimiento realizada por M y a su personal interpretación y visión de este particular proceso histórico.

Por de pronto, la reconstrucción del «clima preparatorio» que hizo posibles en Europa aquellas modificaciones de las que arranca la renovación renacentista en los varios sectores del saber y de la actividad humana, permite a M descartar de entrada la tesis italiana —en buena parte coincidente con la tesis «académica»—, la cual, cuando admite que existe un Renacimiento fuera de Italia, lo explica como imitación y adaptación al propio suelo de un único patrón italiano (Federico Chabod) y reduce el mismo Renacimiento en Italia a pasiva imitación de lo antiguo, enfatizando el papel desempeñado por las hu-

manidades y las bellas artes en detrimento de otras actitudes y experiencias culturales que *también* se dieron en Italia. Con ello M no niega ni subvalora el hecho de que Italia, a consecuencia de la temprana aparición de formas sociopolíticas (burguesía mercantil/sistema comunal), preludie una conciencia de modernidad (conciencia de vivir una época nueva) y una cultura, que se extenderán en breve por el resto de Europa, no como apropiación imitativa, sino como aparición espontánea de un terreno social y mental análogo, pero absolutamente propio, que predispuso a las transformaciones propias del proceso que consideramos.

Al análisis del sustrato sociocultural sobre el que se asientan las hondas transformaciones que tienen lugar en el sistema de creencias y en la subsiguiente actividad del hombre en el triple plano de lo personal, social y político, M dedica numerosas páginas. La aportación e interpretación lógica de una variada e ingente documentación excavada en los más diversos sectores del saber y actuación humanos, confirman la existencia de una conciencia social de un lado, y de una idea de movilidad social del otro, que de por sí ponen ya en entredicho, y en peligro, la imagen y la ordenación estática y tripartita de la sociedad, heredadas de la Edad Media. La conciencia diversa e intensamente manifestada de que existe el problema del trabajo, de que las diferencias sociales no se apoyan en un orden establecido por Dios, sino en un sistema de privilegios y exclusiones instaurado por algunos hombres, de que el enriquecimiento de los unos exaspera la pobreza y la exclusión de los otros, alimenta el sentimiento de una injusticia social intolerable y de potencial rebelión, que con mayor o menor intensidad se está abriendo paso en las conciencias.

Sobre este fondo social en movimiento, viene a incidir la coyuntura o circunstancia histórica, cuyo ejemplo más clamoroso y representativo se halla, según M, en el descubrimiento de América y en las perspectivas que abre la conquista para satisfacer el afán de lucro y la curiosidad por el mundo que fermentan en el cuerpo social de la Europa de los siglos XV y XVI; acontecimiento que alienta tanto a la movilidad horizontal (desplazamientos geográficos) como vertical en acto (desplazamientos de fortuna), y favorece la aparición de nuevas formas y estructuras socio-políticas (la ciudad, el Estado y el Imperio moderno).

Ese individuo que pugna por ascender con el intento más o menos consciente de desplazar a la clase dominante y desestabilizar el sistema estático de privilegios y de exclusión de castas, es el burgués —el mercader—, el «rico fresco», cuya figura va ligada al crecimiento de las ciudades y al desarrollo de formas inéditas de vida básicamente ciudadanas, que privilegian la intimidad personal de una parte, y el contacto comercial despersonalizado y objetivado, de la otra.

Aún admitiendo el protagonismo incuestionable de la burguesía naciente y ascendiente en las transformaciones que caracterizan este momento histórico, M no se deja tentar por una fácil equiparación Renacimiento-burguesía. Más que la clase social burguesa, cuenta la mentalidad —una forma burguesa de entender el mundo—, de la que participan por igual el mercader y el conquistador (los prototipos por excelencia del «hombre renacentista»), el aristócrata, el burócrata, el banquero o el mismo príncipe. El valor otorgado a la ganancia (*animus lucrandi*), al trabajo o, en todo caso, a la propia capacidad